

Testimonio

La tercera etapa Dr. Rafael Polanco Delgado

Senectud, la última etapa de nuestra vida, no es decadencia aunque desde el punto de vista biológico podría parecerlo. Su inicio es desigual, en unos aparece ya en los 60, en otros no antes de los 80 años; el rendimiento corporal disminuye poco a poco; diversos órganos se atrofian; la elasticidad de los tejidos se pierde paulatinamente y pueden surgir diferentes tipos de enfermedades como la demencia, la arteriosclerosis, deficiencias inmunitarias e incluso diversos tipos de cánceres se hacen más frecuentes. Pero no siempre ocurre así y no forzosamente tiene lugar una decadencia espiritual, todo lo contrario: no rara vez debemos agradecer a personas de edad transcendentales aportaciones a nuestra cultura.

En la antigüedad ya estuvo la política de grandes estados dirigida por la “*gerusia*” o el “senado”. En el arte y en la ciencia existen importantísimas creaciones debidas a personas de avanzada edad; incluso es posible hablar de un estilo peculiar al final de su vida, bien diferente del que caracterizó a sus creaciones iniciales; pensemos por ejemplo en un Tiziano o en un Rembrandt en la pintura, en un Ibsen o en un Víctor Hugo en la literatura, en un Einstein en la física, en un Verdi o en un Wagner en la música, por citar algunos.

Una de las peculiaridades más llamativas de la senectud será quizás el misterio de la limitación humana, la progrediente pero inexorable disminución de la vida afectiva y de la impulsividad frente a la intelectualidad y la espiritualidad; el anciano tal vez a consecuencia de su actividad física aminorada, parece tomar distancia de la cotidianidad, renuncia poco a poco al protagonismo y se imbuye en el papel de espectador, contemplando sorprendido al mundo hiper-quinético en su entorno, y lo observa con la medida, tranquilidad y objetividad proporcionadas por su larga experiencia. El conocimiento práctico acumulado le permite contemplar a su alrededor, observar la vida en sus múltiples morfologías y variantes y percibir y comprender algo mejor, aunque permanezcan solapadas sus “leyes eternas” dominantes; esto explicaría su conservadurismo, en contraposición con la fe entusiasta y un tanto inocente, en la técnica y en el progreso características de la juventud. Pero no siempre es posible en esta tercera etapa mantener una intensa vida interior con actividad creadora, como mencioné anteriormente en aquellos personajes; con frecuencia también encontramos “osificaciones” o “rigideces” que conducen a sentimientos reaccionarios, señalando fallas y defectos por doquier e incluso retornando a formas de vida que calificaríamos de infantiles.

Considerada la senectud en forma global, puede decirse que, desde el punto de vista cultural, esta representa para la sociedad una valiosísima relación complementaria de la que no es sensato prescindir, de tal forma que los tres estamentos vitales - juventud, madurez y vejez -, no deben coexistir paralelos uno al lado del otro, sino imbricarse, influirse e interactuar entre sí, en forma continua, ya que cada generación puede y debe ejercer un papel social determinado y concreto pero nunca excluyente.

Cada fase de la vida encierra en sí tareas culturales que cumplir y valores peculiares que ofrecer; la juventud sueña y espera el futuro; la madurez vive y se debate en el presente; la ancianidad recuerda y añora el pasado y esta circunstancia le permite beneficiar con lo positivo de aquel “ayer” a las generaciones del “mañana”; estas se lo agradecerán.

CENTRO SAN CAMILO
VIDA Y SALUD
NO. 09 (2004)

La riqueza de muchas personas de avanzada edad tal vez estriba en que son capaces de preservar en su interior, y hasta el final, su espíritu juvenil y acaso cierto grado de puerilidad. Quizás esto facilite, dada nuestra flaca fe, encarar mejor la angustia y la incertidumbre ante portas, en el último acto de la vida terrenal.